

Sergio Fernández

En el fuego del lenguaje

Anamari Gomís

En este ensayo, Anamari Gomís apunta algunas de las aristas del poeta y erudito Sergio Fernández: desde la alquimia y el hermetismo cabalístico hasta la obsesión del maestro por las grandes divas del cine, pasando, por supuesto, por los inevitables estudios sobre sor Juana y el Quijote.

El doctor Sergio Fernández me pidió que tratara cualquier tema de su obra, su obra misma, entera, completa, como si no hubiera él escrito más de veinte libros sobre los más diversos asuntos del quehacer literario, desde los escritores españoles del Siglo de Oro, a sor Juana, o acerca de los poetas mexicanos del grupo de los Contemporáneos, y cómo de manera muy impensable, describió los movimientos, los gestos de las divas del cine y ahora agreguémosle sus textos sobre viajes, la Italia esplendente que él retrata, más, y en primer orden, su propio trabajo literario, que lo mismo tomó al barroco por los cuernos y le dio la vuelta para emprenderla contra el lenguaje y renovarlo, que creó un género suyo, nada más suyo: los *desfiguros*; si todo esto lo tomo en cuenta, pues, no hay forma de que lo aborde de un trazo o en muchos. Por eso me permitiré dar un paseo entre algunos de sus libros, un poco al azar y un mucho por la fascinación que ciertos, en especial, si no es que todos, me despiertan.

Desde todos los puntos de vista, la obra de Sergio Fernández resulta proteica. Sus ensayos poseen argumentos no sólo originales sino atrevidos. En *La copa derramada* (UNAM, 1986), por ejemplo, a partir de la *Cabalá* y de algunas referencias de ésta que la unen al Tarot, estudia los *Sonetos de amor y discreción* de la monja je-

rónima como recipientes del Santo Grial. Si para Scholem “el Dios que se manifiesta es un Dios que se expresa”, Harold Bloom y Sergio Fernández entienden las teorías cabalísticas de la emanación, según el neoplatonismo renacentista, como teorías del lenguaje. Torpemente podría yo resumir *La copa derramada*, que alude a un conocimiento profundo del hermetismo, del Renacimiento y de su filosofía oculta, del Siglo de Oro español, de la *Divina Comedia*, del árbol Sefirotal que compone la *Cabalá* y quién sabe cuántas cosas más que sólo conoce Sergio Fernández, que las domina y las usa a su gusto. El caso reside en su genialidad para leer los sonetos de la monja mexicana y ofrecerle al lector una mirada prístina de su poesía, donde incluso la esencia de lo andrógino se encuentra presente. Escribe Sergio Fernández:

...en cuanto a la realidad literaria —una página escrita— se trata de un poema que se des-hace en la polaridad *escritura hablada* pero, paradójicamente, existente: un soneto visible. Pero hay otra realidad meta-literaria, o sea la intrínseca a la reyerta erótica, a la que asistimos por un resquicio misterioso que nos los permite: por medio, naturalmente, de un soneto invisible (p. 35).

En el soneto 164, bajo el título explicativo de “En que satisface un recelo con la retórica del llanto”, ¿quién habla y a quién se refiere la voz del poema? Lo incluyo para que el lector lo lea con atención.

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba;

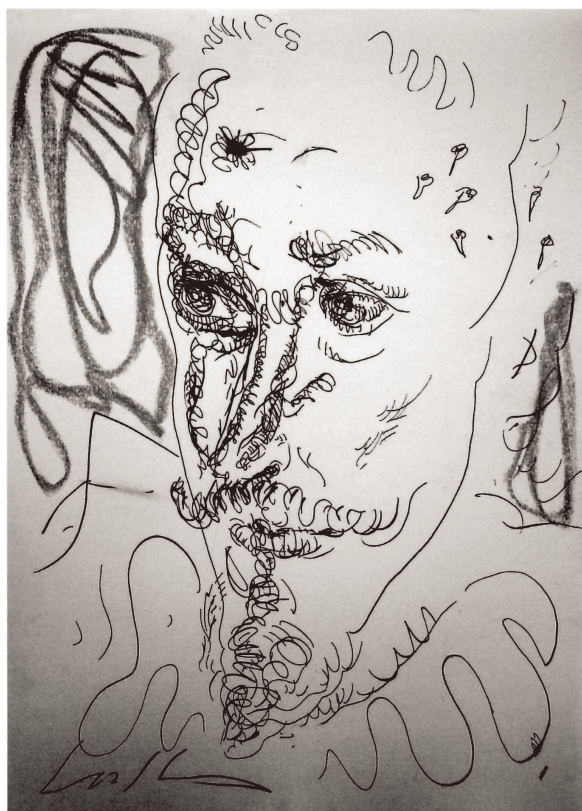
y Amor, que mis intentos ayudaba,
venció lo que imposible parecía:
pues entre el llanto, que el dolor vertía,
el corazón deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien, baste:
no te atormenten más celos tiranos,
ni el vil recelo tu quietud contraste

con sombras necias, con indicios vanos,
pues ya en líquido humor viste y tocaste
mi corazón deshecho entre tus manos.

Sergio Fernández El Mediterráneo de Cervantes, su juventud: Italia y Argel

ILUSTRACIONES DE FERNANDO LEAL AUDIRAC



¿Quién es “mi bien”? ¿Dios, acaso, que ve y toca el corazón deshecho entre sus manos de la hija devota? Para ser un soneto de amor la imagen de *pues ya en líquido humor viste y tocaste / mi corazón deshecho entre tus manos*, resulta muy extraña, lo mismo que *el corazón deshecho destilaba*. Figuras insólitas, imágenes poderosas y antipoéticas concibe la famosa jerónima. Tras ellas se esconde el soneto invisible, saturado de una retórica mental, que se ocupa, acaso, de la licuefacción de la sangre de Cristo.

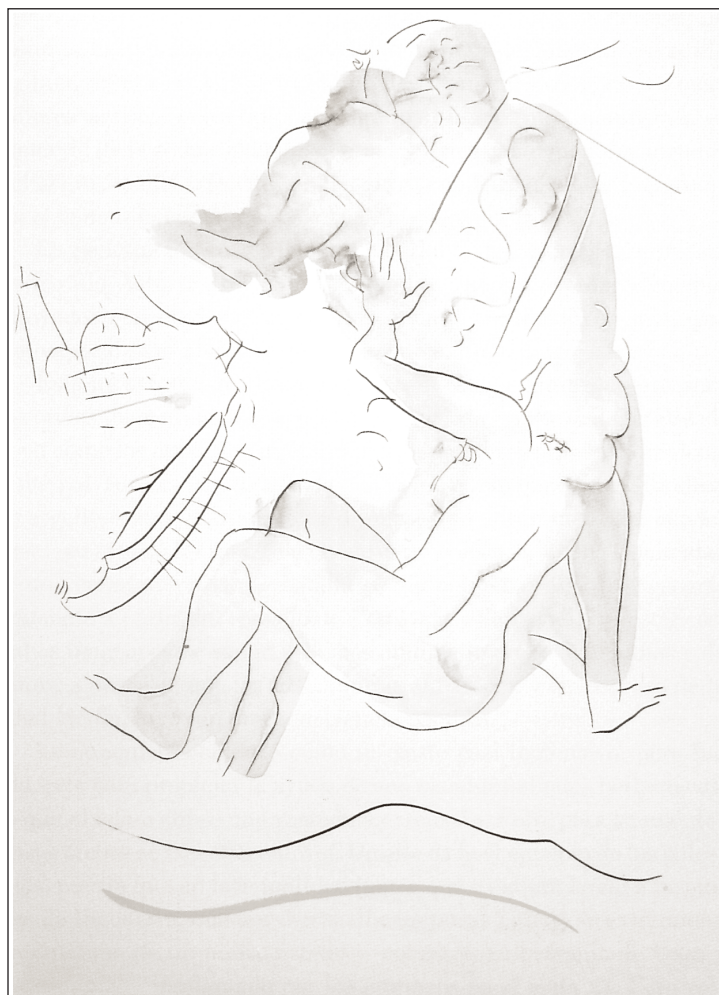
Creo, firmemente, que la lectura de *La copa derramada* registra cuestiones nunca tratadas en la obra poética de la monja. Sergio Fernández penetró, movido por la dificultad, en la escritura extravagante de sor Juana de forma más creativa que la de muchos estudiosos de la obra de la de Asbaje.

El cubano José Lezama Lima, uno de los grandes neobarrocos latinoamericanos, decía que sólo lo difícil le era estimulante. Sergio Fernández, bajo el mismo concepto, publicó en 1968 su novela *Los peces* (Nueva Narrativa Hispánica, Joaquín Mortiz), donde la historia se escamotea todo el tiempo. Se trata de un libro hermético y prosopoético. Los peces que van en dirección opuesta en la portada remiten a la oscura casa zodiacal de Piscis y el lector habrá de leer “en filigrana” el enigma del libro, si es que lo hay. En una suerte de pequeño prólogo, Fernández resume la anécdota, pero termina por confesar que: ...“de ser sincero, añado que la historia que se narra páginas adentro no es, no, la que acabo de sintetizar” (p. 14). El epígrafe de *Los peces* proviene del *Primero sueño* de sor Juana: “en peces transformó simples amantes”, de tal manera que nos anuncia un arcano de la metamorfosis.

La dificultad de *Los peces* volvió a Sergio Fernández un escritor de culto.

En 1976 sale a la luz *Segundo sueño* (Nueva Narrativa Hispánica, Joaquín Mortiz), donde su autor codifica la ciencia oculta del Tarot, mientras su protagonista labora en la biografía de un pintor del siglo XVI (inventado por Fernández), Lucius Altner, cuya obra se encuentra desperdigada en algunos lugares de la ciudad de Colonia, devastada por la guerra. El biógrafo evoca otra ciudad, México, destruida por la estupidez. Anhela, en cambio, los misterios de Venecia. Entretanto, se producen encuentros y desencuentros amorosos, pero lo esencial estriba en que el acontecer de *Segundo sueño* radica en la construcción de la novela. Esto es, la novela que se observa a sí misma a partir de la escritura.

En *Los desfiguros de mi corazón* (Nueva Imagen, primera edición, 1983), Sergio Fernández abandona los vericuetos verbales, la “escritura abstracta” y el tiempo poético, como diría Roland Barthes, e inicia una nueva aventura, plena de trama, de historia, de vínculos con la realidad. Entonces, el autor de *Los peces* se inclina por una estética de la deformidad, como pro-

Fernando Leal Audirac, *Venecia*Fernando Leal Audirac, *La mano de Lepanto*

puso don Ramón del Valle-Inclán. Expone el doctor Fernández:

...mi meta no era un cierto tipo de fealdad, a lo Quevedo o Valle-Inclán (que no se da en maceta) sino la de una sensualidad amparada por la sorpresa diaria, siempre y cuando pudiera condensarse o ¿cómo expresarlo? cristalizar en la metáfora (Aclaración del autor en la edición de Sello Bermejo, Conaculta, 1999, p. 12).

Mientras la cópula en *Los peces* es la significación, aunque sólo se lleve a cabo en la imaginación de una joven y un sacerdote y, desde luego en el fuego del lenguaje, la intención de *Los desfiguros* repica en el mundo de lo común y corriente, enlazado por lo filosófico, pero, en cualquier caso, como las nocturnas aves del *Primero sueño* de sor Juana, el anecdotario de Sergio Fernández se reviste de transgresión y de deformidad. Como lector, uno se puede comer, sin saberlo, un chivo que antes se acariciaba, transmutar en la Mae Meninha, copiar los giros malévolos de Elena Garro, la mujer, no la escritora, confiar en la belleza terrible de María Félix, elucubrar sobre el tridente de Paracelso, fermentar el priapismo, si se es hombre y demás ocurrencias.

Con *La realidad de un simulacro: el cine*, publicado en el año 2000 (colección Arte e Imagen de Conacul-

ta), Sergio Fernández pasa por la alquimia de las palabras a las imágenes del cine. Para el escritor, “la actuación tiene mucho de sueño” y sus ojos se convierten en cámaras que abordan los movimientos, la gestualidad de los grandes de la pantalla. Este libro me resulta genial, como todos los que he mencionado y los que no, también. Fernández es un mago de la escritura y un profundo conocedor de la naturaleza humana, abrigada con las plumas del artificio. Lo que Fernández toca se vuelca en escritura y en metáfora de la vida.

Me falta mencionar su libro sobre el Quijote, otros más, y el último que talla, socava una parte de la vida de Cervantes durante su cautiverio: *El mediterráneo de Cervantes, su juventud: Italia y Argel* (Conaculta, 2009). En algún momento Argentina Rodríguez y yo acariciamos la fantasía de acompañar a Sergio Fernández en un viaje a Argel, antes de que terminara el texto. Me habría gustado muchísimo lograrlo, actuar como personaje de Henry James en *The Aspern Papers*, sin la maldad, desde luego, de sus protagonistas. El dinero no nos alcanzó o la vida no dio para lograrlo. Lo importante es que allí está el trabajo publicado, ahito de subversiones, de ingenio y singularidad. Lo que Argentina y yo nos perdimos fue la conversación festiva, informada, profunda de Sergio y que sólo a ratos, en comidas y encuentros furtivos, retomamos. **U**